

la edad: ya sea según la edad cronológica o según la pedagógica o según la edad mental. Esto no es del todo exacto, pero es prácticamente verdadero. Por lo menos, en cuanto que estas selecciones tienden a producir niveles homogéneos en edad o en conocimientos o en inteligencia.

Enjuiciar el acierto de estos criterios precitaría un análisis prolijo de cada uno, para el cual ni estamos capacitados ni dispuestos. Vengamos, pues, sobre uno de ellos y hagamos algunas consideraciones al margen de la rutina. Para ello, consideremos un hecho concreto, comprobado por propia experiencia, con motivo de la adaptación del test Otis Superior de inteligencia.

Como es sabido, este test resulta valioso para el descubrimiento de un tipo de inteligencia prácticamente concorde con el requerido para los estudios. Su correlación con el aprovechamiento mostrado por los aspirantes a ingreso en la Institución Sindical «Virgen de la Paloma» fué de 0,71; lo cual indica que aproximadamente la mitad de todo lo que constituye el rendimiento escolar en esa circunstancia, dependería o estaría conexo con la inteligencia, tal como ésta se refleja en el Otis Superior. Con el Otis Elemental, también en trance de adaptación por nosotros, la correlación es parecida. De todos modos, es raro encontrar una conexión mayor que ésta entre un test de inteligencia y una prueba de aprovechamiento, como no sea en edades escolares inferiores a la de doce años, a la cual nos referimos en esta experiencia.

Suponemos conocido el dato de que el test Otis suele imponer una condición en su aplicación: la de cortar a la media hora exacta de empezada la prueba. Se nos ocurrió contrastar la bondad de esta medida, y esta ocurrencia dió pie a las consideraciones que motivan estas páginas. Aplicamos el test a unos 500 alumnos de los cuatro cursos últimos del

Marqués en el Colegio de Ntra. Sra. del Pilar, permitiéndoles terminar en el tiempo que necesitaran, pero tomando la precaución de hacerles señalar, a la media hora, el lugar preciso en que estaban trabajando en ese instante.

Comparando, luego, y analizando mediante dos criterios estadísticos —una correlación y un coeficiente de contingencia— lo que cada uno había hecho en la primera media hora con lo que fué capaz de hacer en todo el tiempo que tuvo por conveniente, comprobamos esta conclusión decepcionante: nada tenía que ver la rapidez con el número de soluciones acertadas en el total del tiempo empleado. Dicho de otro modo: hay chicos inteligentes y rápidos (listos) y otros inteligentes y lentos; chicos torpes y rápidos (atolondrados), y chicos torpes y lentos (tardos). Pero lo curioso es que existe aproximadamente la misma cantidad de unos que de otros. Si hubiésemos ordenado la terminación y recogida del test a la media hora, habríamos llamado torpes, injustamente, a la cuarta parte, aproximadamente, de los que alcanzaron una puntuación insatisfactoria. Esa cuarta parte eran inteligentes, pero lentos.

La inmediata consecuencia, tomada desde aquel momento, fué la de no dar por concluso el test a la media hora. Pero hay otra, de suma importancia, implicada en estas conclusiones experimentales: la de que entre los inteligentes hay unos que son lentos y otros que son rápidos. No hemos descubierto el Mediterráneo, pero acaso lo descubramos cuando indiquemos la consecuencia siguiente: la clasificación, de hacerse según la inteligencia, debería verificarse atendiendo a dos tipos fundamentales de la misma: los lentos y los rápidos. Dicho con otras palabras: atendiendo a la sola inteligencia para clasificar a los alumnos por clases, todavía no se ha conseguido nada; de ellos, lógicamente, habrá una